

Tampoco negará que estos misterios que le parecen tan increíbles, han sido creídos, no en un rincón oscuro de la tierra, por pocos hombres ignorantes y groseros, sino en todas las partes del mundo, y por naciones ilustradas y cultas. Los apóstoles encargados de propagar el Evangelio le predicaron en todas partes. En el oriente y occidente, en el septentrion y medio-día publicaron la palabra del Señor. Los Gentiles entraban por tropas en el rebaño de Jesus; las ciudades, las provincias, los imperios adoptaban y creían estos misterios que parecían increíbles; y no era el pueblo solo el que los creía, no los ignorantes y los bárbaros, sino los mayores ingenios, los hombres de mas erudicion, y los que pasaban por filósofos y sabios.

Para convencerse de esto basta abrir los libros de los padres antiguos; y, sin considerar á estos doctores mas que como sabios y filósofos, seria menester no tener gusto ni discernimiento para no admirar la estension de su doctrina, la penetracion de su ingenio, la elevacion de sus pensamientos, la fuerza de sus racionios, la hermosura y energía de sus espresiones, y hasta la gracia y la delicadeza de sus frases elocuentes, ingeniosas ó patéticas.

No eran ciertamente ni espíritus superticiosos, ni talentos frívolos, ni ingenios limitados, á quienes era fácil deslumbrarlos ó hacerles creer cualquiera cosa.

Añadid que estos misterios tan increíbles no fueron creídos porque se apoyaban en opiniones agradables, ó en principios cómodos que favorecian al nacimiento, á la educacion, al interes; lejos de esto fueron creídos

á pesar de la severidad á que obligaban: durante muchos siglos los Cristianos, por la mayor parte, no se componian sino de los Gentiles nacidos en el paganismo, y educados en la idolatría. Para persuadirles nuestra religion era necesario destruir todas sus ideas, arrancar de su corazon todas sus aficiones, y sujetarlos á máximas severas. Si era difícil hacerles creer cosas increíbles, abandonando sus antiguos dioses, sus ritos y su culto, no lo era menos obligarlos á observancias austeras; y no obstante todos los dias se multiplicaba prodigiosamente su número. Esto debia parecer al incrédulo mas increíble; y es lo que ha sucedido: los Gentiles se convertian, los idólatras abandonaban sus errores, los falsos sacerdotes se enfurecian, disputaban, amenazaban, perseguian; pero el Evangelio se estableció sobre sus ruinas.

Y no olvideis que se adoptan con facilidad opiniones que acomodan á la naturaleza ó lisonjean el gusto; que se dejan correr con indiferencia máximas que no obligan á ejercicios penosos ó difíciles; pero cuando una religion nos dice que el hombre debe aborrecerse y reprimirse, que es menester resistir á los deseos mas naturales, abrazar su cruz, llevarla sobre sí cada dia, y revestirse de toda la mortificacion evangélica; esto no se cree ligeramente, esto no se practica con facilidad, y nadie se deja persuadir sino cuando no puede mas, cuando se ve precisado por pruebas tan evidentes que no le es posible resistir.

Pero lo que mas os debe admirar es que estos misterios han sido creídos con fe tan viva, tan firme

y eficaz, que los hombres, para practicar estas máximas austeras, y para defenderlas, lo sacrificaban todo, bienes, grandezas, placeres, salud, reposo y hasta la vida. ¡Qué combates sufrieron los Cristianos desde el nacimiento de la Iglesia! ¡cuánta sangre derramaron! Se les veía continuamente desterrados, proscriptos, encerrados en calabozos, compareciendo ante los jueces, entregados á los verdugos, y atormentados con los martirios mas atroces que podia inventar la barbarie. ¿Y porqué se dejaban atormentar tanto? ¿porqué sufrían tantos dolores, muertes tan horribles? Por sostener y defender estos mismos misterios que el incrédulo llama increíbles.

En fin han sido creídos con fe tan constante, que, á pesar de todos los obstáculos, se creen despues de mil y ochocientos años, y, segun la promesa de Jesucristo, se creerán hasta la consumacion de los siglos. Todo el poder humano ha conspirado contra ellos: los halagos del mundo por un lado, y por el otro las demas pasiones combinadas con el orgullo de la filosofia los han combatido siempre. Pero, como las olas del irritado mar se rompen contra el peñasco que las resiste, así todos los esfuerzos de sus enemigos no los han podido desquiciar, y su fe, siempre inalterable, hoy cree y enseña lo mismo que creyó y enseñó desde su nacimiento.

Ahora me vuelvo yo al incrédulo, y le digo: Tú no me puedes negar que estos misterios han sido creídos en el mundo con uniformidad, fuerza y constancia en todas las naciones; que los han creído idó-

latras, bárbaros, salvages, filósofos y sabios, ricos y pobres, grandes y pequeños, en las cortes, en las ciudades y en los campos; esplicame pues, ¿porqué dices que son increíbles? ó esplicame, ¿cómo han sido creídos con una notoriedad tan incontestable y evidente, y creídos con estas circunstancias? Es menester que me confieses que hay en esto un secreto que no entiendes. Esta es la verdad, y yo voy á descubrirte este secreto.

Sabe que un Agente superior á la naturaleza ha dirigido esta obra, que era suya; sabe que no cesa de dirigirla con los impulsos ocultos de su providencia; reconoce esta divina mano, póstrate y adoralá; avergüenzate de tus burlas ridículas con que la ultrajas, y confiesa que cuanto mas abultas las ponderaciones de su incredulidad, tanto mas ensalzas su omnipotencia, pues ha podido superarlas.

Es pues verdad, señor, que Dios nos ha propuesto verdades incomprensibles y oscuras; pero no lo ha hecho sin grandes y sólidos motivos. La tierra es para los mortales un pasage rápido, un lugar de destierro; no es pues de estrañar que no gocen en ella del glorioso privilegio de ver la verdad sin velos de nubes, como la verán en el seno de la misma verdad. Ahora caminan por el desierto de este mundo como el pueblo de Israel, despues de su salida de Egipto, caminaba á la tierra prometida. La antorcha de la revelacion es la columna luminosa que dirige á los Hebreos; alumbrá lo suficiente para dirigir sus pasos, para descubrirles los precipicios, para librarlos del engaño y

del error ; pero alumbra todavía imperfectamente hasta que llegue el dia dichoso en que el sol de justicia, mostrándoles todos sus resplandores , los ilumine de lleno , y los haga eternamente felices.

Observad que esta claridad imperfecta , ó esta mezcla de luz y de oscuridad nos era necesaria en esta vida. El primer hombre quiso deberse á si mismo su ciencia y su felicidad. Por esta doble presuncion mereció ser abandonado á la perversidad de su corazon , y al delirio de su entendimiento. Dios no obstante quiso por su misericordia perdonarle ; pero quiso convertirle por medios proporcionados y capaces de humillar y corregir tanto su entendimiento como su corazon. Para este fin , como santidad inalterable le impuso el tributo de sus acciones y deseos , y como verdad suprema exige una sumision pura y entera á la verdad de su palabra. Con esta doble dependencia el hombre entero vuelve á entrar en el dominio de Dios ; su entendimiento desengañado de sus errores ve la verdad , y su corazon curado de sus heridas se restablece en la virtud.

Porque la fe no solo reprime el orgullo , sino tambien impide sus estravíos , arregla , estiende y purifica las luces del hombre , le preserva del choque de una multitud de opiniones falsas que le agitan , le ensña el camino que debe seguir , y le conduce al puerto librándole hasta del miedo del naufragio. Este medio que Dios escogió para la reparacion del hombre es admirable. No le volvió la sublime inteligencia y sabiduría que perdió por el pecado ; pero hizo con

él lo que hizo con el ciego de nacimiento , á quien poniendo lodo sobre los ojos parecia poner un obstáculo á su curacion , y no obstante le curó con el lodo.

Así ha curado al hombre , no dejándole ver mas que la afrenta de la cruz : este es el lodo que pone sobre nuestros ojos , la oscuridad de los misterios , y la claridad de sus virtudes. Nos obliga á llevarle sin vergüenza , y nos promete que si le lavamos con su sangre nos servirá de luz. En efecto la recompensa de la fe es descubrir tesoros de ciencia , de fuerza y de santidad en misterios que parecen obstáculo y locura , hallar ganancias infinitas en el sacrificio de la razon , y alcanzar á comprender que el que no cree es el que está en tinieblas.

Ya hemos dicho otra vez que la fe no escluye á la razon , ni la impide hacer uso de sus luces ; que esto fuera calumniar á la religion y desconocerla ; pues , lejos de temer la luz del dia , muestra á todos sus títulos , sus pruebas y sus documentos. Exhorta á todos los hombres á instruirse en sus anales , y á descubrir en ellos el evidente y augusto caracter de la revelacion que la autoriza. Ella dice á todos los que tienen inteligencia : examina , inquiere , averigua si es verdad que Dios nos ha hablado , si estos oráculos que la religion presenta han salido de sus divinos labios. Este es el objeto sometido á tu examen ; pero , cuando una vez reconozcas este divino origen , nuevo examen por lo menos es ya superfluo ; la razon se le debe prohibir , porque debe conocer su insuficiencia ,

y tiene á Dios por garante de lo que no puede comprender.

Así el Cristiano que usa de toda su razon para serlo, desde que lo es, no la consulta mas, ni la toma por juez cuando la religion habla. No entiende lo que cree, pero sabe con evidencia que lo debe creer. La sana razon fue la que le condujo á la revelacion, porque le convenció de su realidad y certidumbre, le tomó por la mano, le llevó al santuario; pero allí le entregó á la religion, y ella se retiró con admiracion y silencio. Al despedirse dijo al hombre: Escucha un maestro que sabe mas que yo, y no escuches mas que á él; si yo me voy y te dejo, es porque quedas en mejores manos. Era necesario que yo te acompañase para inquirir si Dios ha declarado estos misterios, porque yo no debo creer sino en él, ni fiarme sino en su verdad; pero pues ya estas cierto, ya no me has menester, ni te queda otra cosa sino creer y adorar.

De este modo la razon iluminada por la fe no solo se somete á los misterios de la religion, sino que descubre en ellos manantiales inagotables de luz, y motivos sin fin de gratitud y de consuelo. Por ejemplo, ¡qué riquezas, qué maravillas no la presenta el solo misterio de la encarnacion! Permitidme que en su consideracion os haga algunas ligeras reflexiones.

Era consiguiente que pues Dios crió al hombre á su imágen y semejanza, quisiese tambien servirle de modelo; pero Dios era invisible, y el hombre despues del pecado no tenia ojos mas que para los bienes de

la tierra. Era pues necesario que Dios se hiciese visible al hombre, porque de otro modo no parecia posible explicarle su voluntad, ni hacerle ver el dechado á que debia conformarse; porque la maldicion pronunciada contra el hombre en castigo de su desobediencia era un obstáculo insuperable. La magestad divina tan infinitamente distante de los hombres por la elevacion de su naturaleza, lo estaba mas por la severidad de su justicia. Este doble motivo de grandeza y de cólera producía en el hombre dos terrores: el uno nacía del esplendor de tan alta magestad comparado con el sentimiento de su bajeza, y el segundo de su inviolable santidad comparada con nuestra injusticia.

El hombre estaba pues perdido, si las cosas quedaban en este estado, ni siquiera podía imaginar el remedio; Dios solo le encontró, y Dios solo le podía encontrar. ¿De que reconocimiento no debe penetrarnos un Dios de amor, que con su encarnacion nos sacó de este abismo, y nos ha restituido á nuestro primer estado? Con el velo de nuestra carne cubre una magestad que nos asombra, y desarma una cólera que nos aterra; concilia los derechos del Criador con los intereses de la criatura; rinde á Dios lo que se le debe; merece para los hombres lo que les falta; y, juntando en su persona dos extremos tan distantes como la naturaleza divina con la humana, forma, si es permitido decirlo, como un punto de contacto y comunicacion en el inmenso abismo que las separa: Dios se nos acerca, pues se hace hombre; y Dios se

nos aplaca, pues se une con los hombres con la mas estrecha de las alianzas.

Pero no es esto todo; la bondad divina hizo mas que unirse con el hombre: tanto se compadeció de su flaqueza, que quiso ser su fuerza. Antes de su encarnacion era luz de todas las inteligencias. Pero aunque esta luz descubriese á los hombres cuanto conocian, no la conocian á ella misma; todo lo veían por ella, pero á ella no la veían. ¿Qué hizo pues? Se les puso delante; y como sus ojos débiles no hubieran podido sostener su resplandor, se proporcionó á su flaqueza, se revistió de nuestra carne, y se encubrió con este velo. Entonces pudo excitar nuestra admiracion con sus instrucciones y milagros, nuestra gratitud con sus beneficios y promesas. Nos acostumbró á verle y amarle, y cuando dejó de ser visible se retiró á nuestros corazones; su amorosa industria inventó el medio de hacerse allí un santuario, nos advirtió que habitaria en él, que le buscásemos allí, y que le escuchemos como al único maestro que merece nuestra confianza.

Así se ve que Dios ha seguido en la reparacion del mundo moral el mismo plan que formó para la creacion del mundo fisico. Despues del pecado el espíritu del hombre estaba lleno de tinieblas, su corazon dominado por las pasiones, toda correspondencia con su Criador estaba rota, vivia olvidado de Dios, y no obstante vivia tranquilo. Habia perdido su gracia y los derechos á la celeste herencia, y esta pérdida no le afligia. No solo se le habian hecho im-

portunas las obligaciones que le impuso el Autor de su ser, sino que habia casi perdido la memoria. Así los hombres, por la mayor parte, eran para Dios seres mudos y sordos, y el mundo espiritual era un vasto cementerio, en que reinaba el pavoroso silencio de la muerte. ¡Qué horrible situacion!

Para que cesase tan injusto desorden, para que los hombres recobrasen su felicidad perdida, y se restableciera en el orden moral la armonía que hace toda su hermosura, era menester un mediador omnipotente, un mediador que tuviese la naturaleza de Dios para merecer infinitamente, y la nuestra para merecer por nosotros; que pudiese amar á Dios tanto como es digno de serlo, y que nos pudiera elevar para dar con él y por él á nuestro Criador un culto y una adoracion que fuese digna de su inmensa grandeza; y todo esto lo hizo su bondad divina. ¡Qué don! ¡qué dignacion! ¡qué misterio tan augusto y sublime! ¡con cuánta ventaja se ha restablecido la armonía que destruyó el pecado! El hombre levanta su corazon para amar y glorificar á su Criador; pero, ¿qué puede hacer por sí solo? ¿cómo una criatura débil puede presentarle un obsequio digno de su magestad? ¿cómo su corazon terreno puede elevarse á tanta altura? Pero, un mediador hombre como él, é igual á Dios, le presta el suyo, y con él vucla hasta el trono inaccesible de su luz.

Al incrédulo soberbio le parece que el estado de bajeza á que el Hijo de Dios se reduce en su encarnacion no es digno de la suprema magestad. No

quiere acabar de conocer que las ideas de su orgullo no son la regla de la conducta divina : un poco de reflexion le debiera hacer ver que eso mismo que su falsa ciencia le persuade ser bajo y poco digno de Dios en este misterio, nos era útil y necesario, y que desde que nos era necesario y útil, era digno de Dios, porque nada es mas digno á sus ojos que hacer bien á sus criaturas. Era menester, para sacarnos del abismo en que nos habíamos precipitado, que Jesucristo bajase mas abajo que nosotros mismos, y que se redujese á una vida mas pobre, mas laboriosa y mas espuesta á todas las miserias que lo es de ordinario la vida de los hombres.

Era menester un objeto de tanta fuerza, para despertar su atencion; para que se asombrasen de ver que la Divinidad descendía por su amor hasta este extremo; para que pasaran del asombro á la confianza, y se atrevieran á descansar en su bondad; para que conociesen que hasta allí se habían fatigado inútilmente con el deseo de ser felices; y en fin para que Dios, que en realidad no se puede abatir, levantara al hombre de la tierra, y le sostuviese con su propia virtud. Así los abatimientos de Jesucristo, lejos de hacer titubear nuestra fe, la fortalecen; porque sabe que no los produjo la necesidad, sino la eleccion; que no fueron flaqueza, sino misericordia; no debilidad, sino condescendencia; pues que sin dejar de ser grande nos elevaba, sin empobrecerse nos enriquecía, sin perder su propio ser nos comuni-  
caba

caba á nosotros el suyo, y en fin nos mostraba su amor conservando su grandeza y su poder.

Observad tambien, señor, cuán propio es este misterio para descubrimos los atributos divinos, y cómo estos resplandecen mas cuando se considera su término, que fue el sacrificio que Jesucristo ofreció en el Calvario por los hombres. Ved á Jesucristo sobre la cruz, y allí veréis su magestad y su fuerza. En ella está como dueño de la vida y de la muerte, como árbitro soberano que abre el cielo á los que le reconocen, y deja á los incrédulos en su obstinada impenitencia. La cruz le sirve de tribunal, y en ella decide los destinos eternos de los hombres. Un día toda la tierra se verá forzada á comparecer en su presencia.

La cruz es un altar en que el pontífice de la nueva alianza consume su propio sacrificio con caridad infinita, y soberana libertad. Sus verdugos son los que ejecutan esta obra de su misericordia; y, abandonándose ellos á su inicuo ministerio, con aquel delito completan sus designios, y el mismo Jesucristo acaba nuestra redencion. La cruz es una cátedra en que se presenta al universo como su legislador supremo, confirmando con su ejemplo lo que nos quiso enseñar en su mision augusta; es un trono en que está elevado, y aunque una ignominia pasajera esconde su magestad, desde allí descubre toda la estension de su virtud y de su imperio.

Habia predicho que cuando seria puesto en la cruz, todo lo atraeria á sí; y ya todo lo atrae: ya ve á  
Tom. II. 6